

La página viva

La belleza y el terror del mundo

José de la Colina

El Oise, crecido por las fuertes lluvias anteriores, corría cada vez más caudaloso y raudamente de Vadencourt a Origny, como si ya oliera y anhelara el mar. El agua, amarillenta e iracunda, se arremolinaba entre los troncos de los sauces, y golpeaba en las pétreas orillas, y el cauce se esparcía en sinuosos meandros por el valle estrecho y muy arbolado... Corría el torrente por entre cerros de roca caliza, por campos de colza vistos entre los troncos de árboles cuyos follajes se espesaban tanto que nos parecía que no había salida, y por entre los sauces apretados y los olmos y los álamos de altas cimas, y entre las ramas se veía de pronto volar un matín-pescador parecido a un trozo de cielo azul; y sobre todo ello derramaba el sol su clara luz divina. Las sombras se adensaban sobre la rauda superficie del agua, sobre los prados de una y otra orilla, y centelleaban las doradas hojas de los álamos, bailoteando sin cesar. Y nunca dejaba de correr el río, no se detenía ni siquiera para tomar fuerza, y los orilleros juncos de todo el valle se estremecían de los pies a la cabeza.

Tendría que fundarse un mito sobre el temblor de los juncos en las orillas de un río. No hay en la naturaleza muchas cosas que tanto impresionen a los ojos del hombre. El miedo de tantos seres asustados que buscan refugiarse en los remansos de las riberas es una vívida pantomima del terror que causaría alarma al hombre más indiferente. Tiemblan los juncos tal vez de frío, y no es de extrañar metidos como están en el agua hasta más allá de la cintura. O quizá no habrán podido acostumbrarse a la furiosa y continua violencia del agua crecida. De cañas como éstas el dios Pan hizo flautas y de ellas sacó melodías. Y aun hoy, con las manos del río, el antiguo dios sigue tañendo para las generaciones sucesivas del valle del Oise. Toca el mismo aire a la vez dulce y ríspido que nos

habla de la belleza y el terror del mundo.

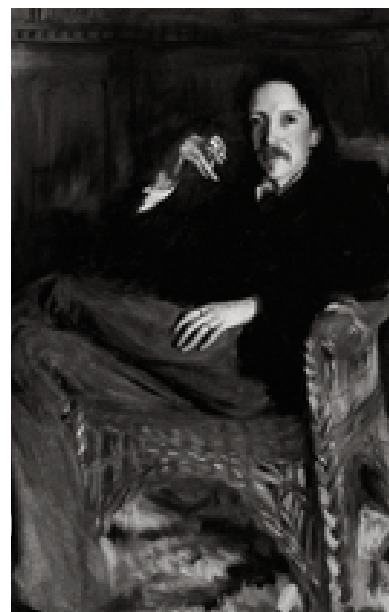
[Versión de José de la Colina]

“Después de una buena mujer, de un buen libro y de un buen tabaco, nada hay tan agradable en la Tierra como un río”, decía el narrador, ensayista y poeta Robert Louis Stevenson. No se sabe por qué, si al asunto del agua nos referimos, no amplió el tríptico de esta frase casi señoritinga, por qué no incluyó en ella los lagos entre montes de su tierra natal y el mar vigilado por inmóviles centinelas: los faros que habían constuido los Stevenson, y entre ellos uno, el de *Skerryvore*, (situado a doce millas de la isla Tiree, Argyllshire), al que dedicó un hermoso poema titulado como ese nombre. Poema casi japonés que cito entero en la amorosa versión de Javier Marías:

Por amor a las palabras bellas, y en memoria
de aquellos parientes y compatriotas
que se afanaron noche y día en el ventoso
océano
para ponerles una estrella a los marinos,
donde antaño
se hallaba la espumosa guarida de focas
y cormoranes:
yo, sobre el dintel de esta cabaña, inscribo
el nombre de una resistente torre.

Es innecesario recordar que “the unfathomable sea”, el insondable mar, respira fuerte en la obra de Stevenson, tanto en sus mejores novelas: *La isla del Tesoro* y *El mayorazgo de Ballantrae*, como en sus poemas y en sus crónicas de viaje. Gran parte de su vida la ocuparon itinerarios

marinos, del Viejo Continente al Nuevo Mundo, de Escocia e Inglaterra y Francia a los Estados Unidos y de éstos a las islas de los mares del Sur, y vuelta otra vez. Pero el *tusitala*, es decir el “hombre que cuenta historias”, no sólo habría de pasar sus últimos cuatro años en una isla de esos mares, a la que en samoano llamó *Vailima* “Cinco Ríos”, sino que ya en la juventud había narrado sus viajes en canoa por canales o ríos de Bélgica y de Francia en su primer libro publicado: *An Inland Voyage*. En esta viva página del capítulo “Crecida del Oise”, que narra una travesía fluvial en compañía de un amigo, la prosa stevensoniana fluye narrativamente con un vivo sentir de la naturaleza para concluir en el tono lírico en el que uno de los grandes narradores y prosistas de la lengua inglesa, hombre frágil pero escritor poderoso, se hermana con los



Robert Louis Stevenson